

CRÍTICA CULTURAL Y CREACIÓN ARTÍSTICA

COLLOQUIOS CONTEMPORÁNEOS

José Miguel G. Cortés, coordinador

) SIGNO ABIERTO (

Edita:

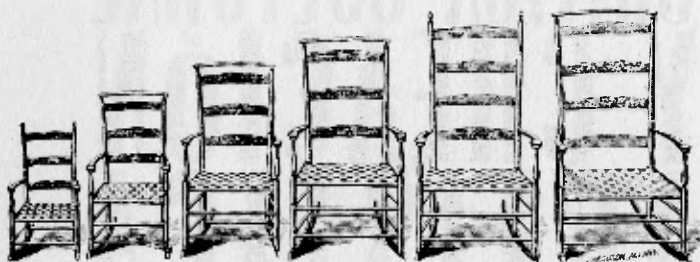
Direcció General de Promoció Cultural, Museus
i Belles Arts
Conselleria de Cultura, Educació i Ciència

Dirección Colección Signo Abierto:

José Miguel G. Cortés y David Pérez

Coordinación técnica:

Raquel Gutiérrez y Agustín Pérez Rubio



Diseño:

Manuel Granell

Coordinación:

Maria Casanova

Realización:

La Imprenta, S.L.

© de los textos: los/as autores/as

© de la presente edición: Generalitat Valenciana, 1998

ISBN: 84-482-1854-X

D.L.: V-2738-1998

**PRESENTACIÓN
INTRODUCCIÓN**

CONSUELO CISCAR 9

JOSÉ MIGUEL G. CORTÉS 11

**VISIONES DE LA
CONTEMPORANEIDAD**

VISIONES DE LO CONTEMPORÁNEO: CUERPOS REALES/ SUJETOS VIRTUALES GIULIA COLAIZZI 15

VISIONES DE LO CONTEMPORÁNEO: EL DESGARRO DE NUESTRA CONTEMPORANEIDAD VICENTE SÁNCHEZ-BIOSCA 21

LA BÚSQUEDA DE IDENTIDAD O LA ACCIÓN QUEER JOSÉ MIGUEL G. CORTÉS 25

LA ESCRITURA SIN TEXTO

LA ESCRITURA SIN TEXTO BARTOLOMÉ FERRANDO 31

ALREDEDOR DEL ARTE DE UNOS ESCRITOS ENCONTRADOS EN LA MISSING HOUSE JOSÉ LUIS CLEMENTE 37

EL CINE OBLICUO

EL CINE PERIFÉRICO SIGFRID MONLEÓN 43

LIBERAR LA MIRADA JUAN MIGUEL COMPANY 49

**LIBROS DE ARTISTA Y LIBROS
SOBRE ARTE**

LLIBRES D'ARTISTA I LLIBRES SOBRE ART GLÒRIA PICAZO 53

LIBROS DE ARTISTA Y ARTISTAS SIN LIBRO DAVID PÉREZ 57

**EL CUERPO EN EL ESPACIO
ESCENICO**

ESTÈTICA EN LA DANSA CONTEMPORÀNIA DE FINALS DEL SEGLE XX COREOGRAFIA I DANSA, CONCEPTES OPOSATS JUAN ANTONIO PINEDA 63

LA LIBERACIÓN DE LA FORMA CRISTINA ÀNDRU 67

**APORTACIONES DEL
MOVIMIENTO FEMINISTA
AL ARTE CONTEMPORANEO**

RE-VISIÓN. NOTAS PARA UN DEBATE SOBRE ARTE Y FEMINISMOS CARMEN NAVARRETE 73

APORTACIONES DEL MOVIMIENTO FEMINISTA AL ARTE CONTEMPORANEO MARÍA TERESA BEGUIRISTAIN 79

DISEÑO Y REALIDAD SOCIAL	DISEÑO Y REALIDAD SOCIAL	ALBERTO ESTEVE	85
	CONSIDERACIONES SOBRE LA REALIDAD SOCIAL DEL DISEÑO	XAVIER GINER	89
IMÁGENES EN MOVIMIENTO. SOBRE LA CREACIÓN VIDEOGRÁFICA	IMÁGENES EN MOVIMIENTO SOBRE LA CREACIÓN VIDEOGRÁFICA	JUAN GUARDIOLA	99
	SOBRE EXPERIENCIA, INFORMACIÓN E HISTORIA. ALGUNAS ANOTACIONES COMO CONTRIBUCIÓN A UNA ORGANIZACIÓN ALTERNATIVA DE LAS IMÁGENES	MARCELO EXPÓSITO	103
COMUNIDAD(ES) GAYS Y CULTURA	GAYS, COMUNIDADES, CULTURA Y YO	EDUARDO MENDICUTTI	109
	NOVELA E IMAGINARIO GAY	LLUÍS M ^a TODÓ	113
	EL PAÍS DE LAS MÚLTIPLES CARENCIAS (GAYS, CLARO ESTÁ)	JUAN VTE. ALIAGA	117
TELEVISIÓN: MODELOS SOCIALES Y COMUNICACIÓN DE MASAS	QUÉ SE PUEDE HACER CON LA TELEVISIÓN	JOSÉ SABORIT	123
	TELEVISIÓN Y CAMBIO DE VALORES: HACIA UNA CULTURA CRÍTICA DE LA EXPECTACIÓN	RICARDO LLAMAS	131
¿QUEDA ESPACIO PARA LA PINTURA?	¿QUEDA ESPACIO PARA LA PINTURA?	JOSÉ MALDONADO	137
	TRES ESPACIOS DISPERSOS	EMMANUEL GUIGON	145
MITOS E ICONOS DE FINAL DE SIGLO	MITOS E ICONOS DE FINAL DE SIGLO	JOSÉ JAVIER MARZAL	149
	MITOS E ICONOS DE FINAL DE SIGLO	VICENTE JOSÉ BENET	157
CULTURAS URBANAS	CULTURAS URBANAS: NOTAS PARA UN DEBATE	JENARO TALENS	165
	CULTURAS URBANAS: LAS VOCES ENCONTRADAS	ALEJANDRO MONTIEL	169

LA CONSTRUCCIÓN DEL CUERPO DE LA MUJER EN LA LITERATURA	CUERPOS AFANTASMADOS: IMAGEN Y LITERATURA	SONIA MATTALÍA	175
	LA CONSTRUCCIÓN DEL CUERPO FEMENINO EN LA LITERATURA	MÓNICA BOLUFER	185
ÉTICA Y ESTÉTICA EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO	ÉTICA Y ESTÉTICA: HISTORIA DE UNA COMPLEMENTACIÓN	ADELA CORTINA	191
	ÉTICA Y ESTÉTICA EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO	CARMEN SENABRE	199
DE LA IGUALDAD A LA DIFERENCIA: MUJER Y GÉNERO	DE LA IGUALDAD A LA DIFERENCIA: MUJER Y GÉNERO	FEFA VILA	209
	DE LA IGUALDAD A LA DIFERENCIA: MUJER Y GÉNERO	LLUM SANFELIU	217
ACERCA DE LA GLOBALIZACIÓN Y EL MULTICULTURALISMO	APUNTES DIRIGIDOS HACIA EL CONCEPTO DE LO MULTICULTURAL	KEVIN POWER	223
	ACERCA DE LA GLOBALIZACIÓN Y EL MULTICULTURALISMO	JAVIER DE LUCAS	229
SOBRE EL DESBORDAMIENTO DEL SOPORTE FOTOGRAFICO	NUEVOS SOPORTES ¿NUEVAS OBRAS?	MANUEL GARCÍA	237
	EL DESBORDAMIENTO DE LA FOTOGRAFÍA COMO EXTENSIÓN DEL CAMPO DEL ARTE	ENRIC MIRA	245

LA CONSTRUCCIÓN DEL CUERPO FEMENINO EN LA LITERATURA

Mónica Bolufer Peruga*

No cabe duda de que el cuerpo, aquello que se presenta como lo más natural, primario e inmutable, no es un *a priori* histórico, una mera realidad biológica, sino una construcción cultural con sus modulaciones a través de los tiempos. La forma en que como individuos, mujeres y hombres, experimentamos y modelamos nuestros cuerpos y hacemos uso de ellos responde a las expectativas sociales, a las pautas de conducta y sentimiento vigentes en las distintas épocas y sociedades. Hijas e hijos de la época de la imagen y la comunicación, hoy conocemos bien en nuestras propias vidas y en los conflictos de nuestro tiempo que el cuerpo forma parte de la cultura y experimentamos la poderosa influencia que los medios ejercen en la construcción de imágenes corporales y modos de vivir. Sabemos de los procesos de somatización tanto de los conflictos psicológicos individuales como de los malestares colectivos y también de las particulares exigencias que los modelos vigentes de corporalidad imponen a las mujeres, con resultados a veces dramáticos.

En efecto, el cuerpo constituye uno de los lugares donde de forma más poderosa se construyen y se combaten las nociones sobre el orden social. Es en él, en esa instancia básica que es sentida y vivida como natural por los sujetos sociales, donde la diferencia sexual se inscribe de forma más profunda. Y ese proceso afecta de forma particularmente intensa a las mujeres, puesto que a ellas se las ha representado a través de la historia en relación más estrecha y directa con lo material, con lo corpóreo, con una biología convertida en destino. Rousseau expresó con una claridad inigualable lo que para muchos de sus contemporáneos constituía una asunción implícita: que las mujeres estaban determinadas por su sexo de un modo que no lo estaban los hombres: "El varón es varón en algunos instantes; la mujer es mujer durante toda su vida, o por lo menos durante toda su juventud; todo la atrae hacia su sexo, y para desempeñar bien sus funciones precisa de una constitución que se refiera a él".

* Profesora de Historia Moderna de la Universidad de Valencia.

Muchas de las raíces de nuestra moderna concepción del cuerpo sexuado arrancan precisamente de la época de Rousseau. En el siglo XVIII la literatura de ficción, en particular la nueva novela sentimental, y los escritos médicos de divulgación contribuyeron a conformar normas morales de conducta y de sentimientos que se encarnaban en los cuerpos a través de la interiorización y la imitación. Tanto una como otra participaban de un mismo clima cultural y compartían propósitos moralizantes, más o menos explícitos, unos mismos destinatarios, las élites acomodadas y educadas del siglo, similares referencias intelectuales y modelos narrativos. Ambas constituyeron poderosos medios de construcción de comportamientos y actitudes. La primera, en virtud de la relación estrecha e íntima que pretendía establecer con sus lectores. La segunda, gracias a su creciente prestigio como saber científico, como discurso que se erigía en el más autorizado, tras la revolución epistemológica de la modernidad, para producir apariencia de verdad, apelando a la "naturaleza" como una evidencia incontrovertible que los médicos decían desvelar.

En el siglo XVIII se formalizó en la Filosofía y la Medicina un modo de pensar la diferencia entre los sexos en términos de diferencia inconmensurable, que entendía a hombres y mujeres como esencias radicalmente distintas, en lo físico como en lo moral. Pero, además, esa diferencia se focalizaba, desde el punto de vista de escritores y médicos, en el cuerpo de las mujeres, que aparecía en los textos como encarnación de la diferencia, desviación con respecto a una norma que era implícitamente masculina, como "enigma" desconcertante, fascinante o aterrador. En esas obras médicas y literarias se representaba, pues, un cuerpo femenino que, visto desde la perspectiva masculina, aparecía como la *alteridad* absoluta. Tanto las heroínas de la novela como las figuras femeninas que poblaban la literatura de consejos médicos participaban de una concepción de la feminidad que se justificaba en el plano científico y filosófico desde la base de la firme creencia del siglo XVIII en la estrecha relación entre mente y cuerpo, entre "ciencia de la salud y ciencia de la moral", que se formalizaba en una fisiología de la sensibilidad. Según sus presupuestos, las mujeres serían más sensibles que los hombres, en virtud de la mayor "irritabilidad" de sus fibras nerviosas y, por ende, más morales y refinadas en sus afectos, pero también más débiles y predisuestas a desarreglos nerviosos, destinadas a la maternidad e

incapaces de razonamiento abstracto o de un esfuerzo intelectual sostenido. Una imagen que las hacía, en mayor medida que a los varones, prisioneras de su sexo, como si su cuerpo, marcado por un destino, la maternidad, les dictase de forma inexorable cómo debían ser sus conductas. La “naturaleza” así definida era elocuente y no admitía réplica: orden físico y social se explicaban mutuamente.

Concepto complejo y ambiguo donde los haya, la idea de “naturaleza” servía para justificar la intervención de los médicos y escritores de novelas moralizantes sobre el cuerpo femenino, que representaban como alienado, oprimido por los “artificios” de la civilización, y decían querer restituir a su verdadero ser. Apelar a la “naturaleza” frente al “artificio” constituía un arma arrojadiza contra los estilos de vida del Antiguo Régimen, cuyas “irracionalidades” y “prejuicios” los médicos simbolizaban de la forma más dramática en el cuerpo femenino. Así, este pensamiento laico, de forma implícita en la novela y el teatro y de modo más crudo y didáctico en la literatura médica, operaba una “corporeización” de la moral por la cual los comportamientos moralmente incorrectos se presentan como causa de enfermedades y taras físicas, y aquéllos ajustados a los patrones normativos, en motivos de salud y bienestar. El estilo de vida propuesto como más saludable para las mujeres se oponía precisamente, punto por punto, a los estilos de vida que los moralistas ilustrados, entre ellos médicos y novelistas, reprochaban a las damas de las elites de su época. Ni que decir tiene que al pretender revelar esa “naturaleza” femenina los ilustrados la construían en los cuerpos, proyectando en ella las inquietudes y los objetivos reformistas de una época preocupada por el orden y obsesionada por fomentar el crecimiento de la población, pero también sus propios temores y deseos.

En el discurso reformista, proclive a apelar a los conceptos de “utilidad pública” y “bienestar común”, el cuidado del cuerpo para la salud, que en esos tiempos parecía interesar de forma creciente a un amplio público culto y acomodado, se presentaba en cierto sentido como un deber cívico al que los hombres y mujeres razonables se obligaban en bien de la prosperidad del país, que los médicos y escritores relacionaban con la abundancia de brazos para contribuir a la producción y con el vigor de los cuerpos que simbolizaba la rectitud moral de las conductas y el correcto orden de la sociedad. Pero era ante todo el cuerpo de las mujeres el que se representaba subordinado a fines colectivos, de modo que

en su caso *cuerpo individual* y *cuerpo social* aparecían como dos caras de una misma moneda, el cuidado de sí misma como una responsabilidad por su cuerpo ante otros, como un deber de prepararse desde la infancia para dar a luz y criar a hijos física y moralmente sanos. De ese modo, las conductas que se decía aseguraban mejor el bienestar de las propias mujeres se hacían coincidir, providencialmente, con las que son favorables a la propagación de la especie y al mantenimiento del orden social: una existencia doméstica, presidida por la austeridad y, sobre todo, abocada a una maternidad amorosa y abnegada.

Esos y otros elementos están presentes en las figuras morales que la literatura del siglo XVIII presentó ante sus lectoras y lectores, buscando con ellas despertar su identificación física y emocional con los personajes. Las protagonistas de la novela y el teatro sentimental eran figuras vulnerables y delicadas, que hacían gala de sensibilidad en un despliegue de gestos corporales destinados a conmover al lector o espectador y a representar la excelencia moral de las protagonistas: lágrimas, palpitaciones, suspiros, palidez, desvanecimientos, que evocaban la protección masculina y también parecían invitar a la seducción. Escritores e ilustradores representaban con evidente fascinación morbosa esos cuerpos femeninos agitados por la emoción o bien desvalidos, en actitud abandonada a la vez que provocativa. Por otra parte, en la literatura médica se ofrecían a las lectoras arquetipos morales a los que expresar su rechazo o su adhesión: las damas de la aristocracia, presentadas como seres débiles, enfermizos, consumidos por forma de vida que se decían insanas, las campesinas, figuras idealizadas e irreales cuyos cuerpos felices y saludables encarnaban una mítica "naturaleza", pero también la "rudeza" y el "primitivismo" del que las elites del siglo XVIII querían distanciarse. De esos contrastes emergía un ideal: el de la mujer sana y moral, lo bastante robusta como para cumplir con la función social que se consideraba fundamental en ella, la maternidad, pero al mismo tiempo frágil en relación al hombre, como signo de la diferencia esencial de los sexos, y con respecto a las mujeres de las clases populares, como muestra de su distinción.

Así pues, las imágenes que del cuerpo femenino construye la literatura del siglo XVIII son imágenes llenas de paradojas y tensiones, imágenes "perversas", en el sentido de que pudieron resultar atractivas para muchas mujeres a la vez que reportarles consecuencias físicas y psicoló-

gicas negativas, tal como lúcidamente comprendió Mary Wollstonecraft en su crítica a Rousseau. Imágenes que apelaban a la “naturaleza”, pero al hacerlo educaban a las mujeres para vivir sus cuerpos en esas formas que se decían “naturales”. Que se recreaban en la sensibilidad, haciendo de la exhibición de la delicadeza y las emociones expresadas físicamente características de la feminidad y signos de la distinción social, pero que, al mismo tiempo, representaban en la debilidad el emblema ignominioso de la degradación aristocrática y de la salud y vigor del cuerpo el reflejo físico de la dignidad moral. Imágenes de una moral que se pretendía universal frente al particularismo aristocrático, pero que construía modelos exclusivos y excluyentes, que mostraban en los cuerpos las diferencias entre los grupos sociales, inscribiendo en ellos las huellas del orden que se decía establecido y legítimo. Imágenes sensuales, en las que la mirada masculina representaba en la escritura y la iconografía a la mujer como objeto de deseo, a través del cuerpo desvanecido, palpitante y vulnerable de las heroínas novelescas, o de las figuras de la madre desbordantes de ternura y también, como se podía leer entre líneas, de carnalidad, de un modo que contrastaba con la norma moral que, de forma particularmente intensa, hizo de la castidad una virtud que acompañaba de forma inseparable a lo femenino.

Los testimonios que la época nos ha dejado sugieren que estas populares imágenes literarias influyeron en la forma en que las mujeres experimentaban e imaginaban sus cuerpos. Sabemos de la veneración e imitación que despertaron los personajes de las más famosas novelas del siglo, como la *Pamela* de Richardson. Conocemos también los problemas nerviosos que se decía aquejaban a muchas mujeres de las elites, esos “vapores” que constituían la enfermedad de moda, y unos y otros ejemplos sugieren que la representación del cuerpo femenino sensible, vulnerable y sensual pudo conectar con la imaginación de las lectoras. Por otra parte, nos son conocidos algunos cambios que en los hábitos de las elites cultivadas del XVIII propició la identificación del cuerpo moral y distinguido con el cuerpo sano, y de éste, en el caso de las mujeres, con la maternidad dedicada y responsable. Pero los textos también hablan de distancias y desacuerdos. Mujeres como la inglesa Mary Wollstonecraft, la francesa Constance de Salm o las españolas Josefa Amar e Inés Joyes discreparon del modo en que la desigualdad social y moral entre los sexos se justificaba teóricamente a partir de las diferencias corporales y,

a su vez, se proyectaba en los cuerpos femeninos y se perpetuaba a través de pautas de “educación física” que los modelaban en la debilidad y para la maternidad, entendida como un destino restrictivo y excluyente. Por todo ello, podemos imaginar que entonces, como ahora, los modelos culturales de feminidad se hacían “carne”, se labraban en los cuerpos con todas sus ambigüedades y paradojas, y que la literatura, tanto en sus géneros de ficción como en sus formas más explícitamente normativas, fue uno de los vehículos a través de los cuales estos modelos se construyeron, se debatieron y negociaron en un proceso que incluía adhesiones, pero también apropiaciones y disidencias.